

## **EL AMPARO DE LA BIOÉTICA FRENTE AL ABANDONO Y EL OLVIDO**

Conferencia pronunciada en la inauguración del XXXIII Congreso Nacional y IV Internacional de la SEEGG. Abril, 2016. Córdoba (España)

**Prof. Dr. José Luis del Barco. Universidad de Málaga (España)**

Es frecuente asociar la vejez a tiempo de indefensión. Un duro e inhumano desabrigo, cuajado de ostracismo, desdén y soledad, aguardaría a la vida al llegar al ocaso. La ancianidad serían años de existencia a la intemperie. Cierta literatura, dada a la épica del infortunio más que a proporcionar pura felicidad, propende a tratarla como una etapa de desolación. “¡Qué poco amena es la tarde de la vida!”, dice de sí algo hipócritamente, Pedro Antonio de Alarcón, mientras se complace enumerando las moreras y perales, malvadoras y dompedros, pimientos y calabazas, gallos y gallinas de su “delicioso oasis”. Melville erigió la soledad en tema monótono de su obra y vislumbraba la postergación como el destino final que a todos aguarda. Hay también tipos insólitos, como Chesterton, que “pudo ser Kafka, pero valerosamente optó por la felicidad”. No obstante, el arte se inclina por cantar lo que se pierde y suele ver la vejez como la edad de la completa pérdida. Juventud, fuerza, belleza han quedado atrás, y, delante, sigilosa y tan callando, sólo la muerte aguarda. Sin nada detrás y nada delante, el destino inexorable será, al parecer, el abandono y el olvido.

### 2

No hay que hacer mucho caso de los auspicios del arte. Están inspirados por criterios estéticos, por la pose llamada epopeya del fracaso, que se regodea en la ruina, y fabula que somos miseria. Su oficio es la ficción, el apólogo, crear sueños, pero los sueños, como bien se sabe, sueños son. Lo grave es que el emisario que anuncia la indiferencia hacia la vejez es a veces la ética. Una ética antiética o moral sin moral llamada utilitarismo. Su principal desatino, junto al de proclamar que las acciones carecen de moralidad intrínseca, es la opinión que pregona de la persona. No todo ser humano, afirma sin sonrojo, es persona. Ese es un privilegio del que no todos gozan, sino sólo unos pocos: los que tienen conciencia del propio yo y racionalidad madura. Son muchos los hombres que carecen de ambas cosas, bien porque aún no las han adquirido, bien porque ya las hayan perdido. Entre los expoliados de ese privilegio se encuentran a menudo los ancianos. Algunos sufren el mal de los años, o los aflige la demencia senil, y han perdido la razón. Ya no tienen la agudeza, la lógica o el ingenio que exhibían en los años de la juventud. Sus facultades mentales han sufrido menoscabo, como su agilidad o sus músculos, razonan torpemente, desbarran o desvarían. Hay quienes a esa edad infringen las leyes de la lógica y sus energías exhaustas no les permiten gozar de los placeres de la sociedad divertida y animada. A todos ellos despoja el utilitarismo de condición personal. Según esa inhumana moral sin moral, quienes ya no tienen racionalidad madura y son incapaces de gozar y producir no son personas. Quedan, pues, excluidos de la hospitalaria comunidad de los seres personales y no los protege el escudo defensor de los derechos humanos. Sobre sus vidas se cierne una cruel amenaza de abandono y olvido. Este desenlace bastaría para impugnar el utilitarismo. A las formas de pensar, teorías filosóficas y doctrinas morales se las conoce también por sus frutos y las que los tienen tan agrios no pueden ser verdaderas. En la que ahora nos atañe, la ética utilitaria, hay, además, razones de sobra para desacreditarla.

La principal es que ignora quién es el hombre. El ser humano, frente al ser del universo, no existe meramente, sino que coexiste. Su instalación en la realidad no se llama existencia, sino coexistencia. La distinción no es meramente verbal, ni una agudeza o sutileza académica, sino la clave para adentrarse en el enigma humano. Empapa la vida humana de punta a cabo, afecta a todas sus dimensiones, las superficiales y las profundas, y se ejerce de forma plural. El hombre es coexistencia de arriba abajo: coexiste con el mundo, con otros vivientes, con sus semejantes y con Dios. *Mitsein*, ser con, co-ser –no hay más remedio que acudir al barbarismo– es el término acuñado por Martín Heidegger para designar el rasgo distintivo y la marca genuina del hombre. “Co-existir es el ser complicado por dentro: la intimidad” y constituye la índole de las personas sin excepción. Ni mengua con los años ni se pierde con la edad, y si se impide o dificulta que los hombres coexistan, el resultado es un drama: la soledad. Un desierto es la tierra para los que carecen de compañía; el tono de sus ánimos, un continuo pesar. Como a quien le arrancan las esperanzas del corazón, se queda el hombre excluido del bien de coexistir: herido de un vacío difícil de llenar, arrastrándose agobiado por el peso arrasador de la melancolía. Sus zarpazos son dolorosos siempre, pero aún más lacerantes con los años. La coexistencia ni merma ni prescribe, como caudal sin estiaje o delito de lesa humanidad, y el hombre coexiste durante toda la vida. En cualquiera de los tramos de su recorrido por esta tierra, el hombre malvive si se le segrega o sufre exclusión. “La irreductibilidad de la persona no es compatible con su aislamiento o separación”. La incompatibilidad de persona y aislamiento, de ser humano y segregación, causa un ultraje a la vida cuya herida penetrante no es fácil de restañar. Ocurra cuando ocurra, la condena a la desgracia de la soledad. A la niñez le amarga el dulce estallido de la fuerza vital, reduciendo su pujanza a una flojera de ánimo que hará que no dé de sí lo que merece dar. A la juventud la hunde en un pozo de amargura, le arranca de las entrañas el bien de la alegría, la lanza por caminos de desorientación que a veces la descarrían de por vida. Pero es en la vejez cuando la soledad arruina a la persona de un modo bárbaro. Un anciano tullido, surcado de arrugas, con la mirada cansada de mucho mirar, la salud quebrada, abandonado, solo, sin nadie que apriete su mano extendida, es una ofensa a la vida en apuros. Es la denuncia del mundo como pocilga inhuma sin corazón. A eso se llega cuando se olvida que ser persona no es un atributo de quita y pon, sino el ser de cada quien, una intimidad abierta destinada a coexistir durante su andadura corta o larga en la tierra.

No es ese el único olvido del utilitarismo ni su único error sobre el hombre. Hay otros que han contribuido a aumentar su descrédito y han hecho un gran mal al anciano. Ignorar que el crecimiento es lo propio del hombre, cumpla los años que cumpla, es de los más graves. Gravita terriblemente sobre la vejez y la expone al abandono. “El ser humano crece irrestrictamente. A su crecimiento orgánico sigue otro que no se detiene porque nunca es suficiente”. El crecimiento comienza desde el principio y no acaba nunca. Durante el plácido periodo intrauterino, en el cobijo del seno materno, se crece orgánicamente. El embrión completa la formación del organismo “fabricando” los diferentes órganos. Es la embriogénesis o fase del crecimiento consistente en formarse a sí mismo. Tras el nacimiento, sigue el crecimiento físico y comienza otro: cultural, moral, intelectual, personal, humano integral. El primero acaba, pero el segundo perdura toda la vida, y afecta muníficamente a todo lo demás. “Después del crecimiento orgánico (el hombre) debe actuar

en relación con todo lo demás, es decir, con los otros seres humanos y con el mundo. Se trata de un crecimiento en orden a otras personas y en orden al mundo, no en el claustro materno”. Fuera de éste, durante la infancia, la adolescencia o la madurez, el crecimiento consiste en un despliegue expansivo que ejerce un efecto benéfico sobre lo de alrededor. Crecer es una efusión del propio ser que beneficia sin restricción. Si alguien crece en sabiduría, en destreza o en bondad, otros recibirán, como la tierra reseca la lluvia lenta, el obsequio del desenvolvimiento de sus capacidades. Y en la vejez es donde el crecimiento redundará más en los demás. El anciano ha recorrido un gran trecho del camino de la vida, y el conocimiento de sus vericuetos, asperezas, accidentes y altibajos lo ha equipado de experiencia. Sabe por la práctica qué se debe hacer y qué hay que evitar, pues la experiencia es el advertimiento que se adquiere con el vivir, y es maestro del consejo. Todas las culturas, salvo las alucinadas por el espejismo de la eterna juventud, le han reservado un puesto de privilegio en la sociedad por la acendrada prudencia de sus dictámenes. El anciano se ha encarado con lo malo y lo bueno, ha luchado con lo noble y lo abyecto, conoce las luces y las sombras del corazón del hombre y sabe hasta dónde llega la humana debilidad. Se ha hecho a la mansedumbre y todo lo comprende. Sufre y lleva con paciencia desaires e indiferencias, permite lo que no aprueba y soporta los golpes de la adversidad. Con la mirada indulgente, el rostro surcado de arrugas, las manos temblorosas por los quebrantos del tiempo y el corazón propenso a perdonar y a disimular yerros, es la metáfora de la indulgencia. Su presencia extiende un manto invisible de blandura y complacencia sobre cuanto lo rodea, desparrama ternura a los cuatro vientos, hay suavidad en sus gestos, su mirada es compasiva, su palabra amable y da un rostro de humanidad al rigor de la justicia. “Si sólo eres justo, dice un personaje de *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski, entonces eres injusto, pues te falta ternura”. La justicia que imparte el anciano es justicia delicada. Da a cada uno lo suyo sin severidad y restaura lo roto sin fiereza. Comprensión, experiencia, ternura, además de otras muchas, son las aportaciones del crecimiento humano durante la vejez. Son bienes de los que nunca nos debemos privar. Cuando lo hacemos, por ceguera utilitarista u otro error antropológico que menoscaba la persona humana, empobrecemos el mundo. Impedimos que el viejo lo enriquezca con los frutos del crecimiento a sus años. Cuando lo hacemos, mutilamos su despliegue personal, recortamos su desarrollo y lo condenamos al aislamiento, al abandono y al olvido.

#### 4

Las relaciones entre los seres humanos son sistémicas. Sistémico o sistemático es lo que sigue o se ajusta a un sistema, y el sistema, según el diccionario, es “el conjunto de reglas o principios sobre una materia enlazados entre sí”. En los sistemas, el nervioso, el planetario o cualquiera otro, los elementos que lo componen no funcionan a su aire, sino ordenadamente, como instrumentos de orquesta, en beneficio del todo. Donde más necesaria es la interdependencia y apoyo mutuos es en el sistema humano. Nadie alcanza a ser el que es por sí solo. El *bon sauvage* de Rousseau es un mito y la valiente gesta de Robinson Crusoe nunca la habría hecho él sólo. El héroe de Defoe estuvo durante años en una isla remota sin contacto humano, rodeado de silencio y de mar, pero tenía consigo numerosos productos salvados del naufragio y la cultura británica en su cabeza y en su corazón. Lo acompañaban los suyos aun separados de ellos por el océano inmenso. Lo humano es siempre interhumano y nadie es nada sin otros. En el *Himno a la alegría*, F. Schiller llama a los hombres “los millones”. No se refiere el poeta, con esa denominación

cuantitativa, a un número de individuos uno junto a otro si conexión entre sí, como un montón de pedruscos, sino a una infinidad de corazones vibrando al unísono de emoción. El canto de Schiller congrega a una multitud en torno a un ideal. Este carácter sistémico de lo humano es destruido por el aislamiento y el abandono. La destrucción es catastrófica siempre y es letal para el anciano. Impide que culmine su crecimiento, priva a la sociedad de sus frutos y a ellos los condena a soledad.

El abandono en que se ve el anciano a veces en esta sociedad, emponzoñada de utilitarismo, acarrea la tragedia de aquellos que lo padecen. Y, además, destruye las bases de la vida social. La sociedad existe, porque los seres humanos ni pueden sobrevivir ni son viables solos: porque no pueden alcanzar la plenitud a la que están llamados sin otros. El hombre es un ser de proyectos -él mismo es un proyecto- y se frustra sin ayuda. Su singular vivir alude a la perfección, pero con sus solas fuerzas no alcanza el blanco al que apunta. Nacemos débiles, y, tras el vigor de la juventud, esa flor de un día, se redobla nuestra debilidad. Estamos hechos constitutivamente los unos para los otros Nadie está excluido del plan de plenitud del ser humano. La perfección a que la vida aspira es un grito universal que llama y convoca a todos. También al anciano. Tanta vida a cumulada centuplica su capacidad de aportar. Cada persona es un ser aportante. Derrama efusivamente sobre los otros su incomparable interioridad. A diferencia del animal, recluso en sí mismo, sin otro interés que sobrevivir -“posicionalidad céntrica”, llama H. Plessner a su instalación en la realidad- el hombre amplía ilimitadamente el radio de su interés. Es el ser capaz de tener y capaz de dar. En la ancianidad, cuando ha madurado el fruto del trabajo, de la experiencia, las vivencias, el aprendizaje y las lecciones y golpes de la vida, el poder de aportar ha sido aquilatado por la alquitara del tiempo. La aportación del anciano, al que el paso de los años no anula su entraña cooperante, tal vez pierda magnitud, pero gana hondura. Da serenidad al trajín de la vida y sosiega las apremiantes ansias, estimuladas por las ideología hedonista dominante, que lo quieren todo ahora. Su contribución es difícil e imprescindible: orienta a andar con tino por la existencia y sin ella se va a ciegas. El anciano es el gran contribuyente a las arcas del vivir.

Una de sus más altas contribuciones es el consuelo. Como “descanso o alivio de la pena, molestia o fatiga que oprime el ánimo” lo define el diccionario. Se trata, pues, de un fármaco necesario. “El hombre necesita ser acogido en un ámbito que le permita restaurar sus fuerzas” y “las fuerzas se restauran siendo consolados”. A lo largo de la vida hemos de acudir al consuelo una y otra vez para reponernos del cansancio. El mejor provisor de consuelo humano -existe, además, el sobrenatural- es el viejo. Consuela con la largueza del que ha sido consolado. Otra contribución del anciano tiene que ver con la necesidad de respaldo que tenemos los seres humanos. Hegel se refiere a ella con la expresión “dialéctica de reconocimiento” y manifiesta una dimensión específicamente humana: la ratificación. El hombre necesita ser respaldado, acogido, reafirmado, estar seguro de sí. Cuando no lo es, le invade un asolador sentimiento de exilio. En este mundo, en el que la ratificación del propio ser nunca es completa, los grandes agentes de reconocimiento son el hogar, que por eso es el lugar al que se vuelve, la patria, el lugar de la amorosa adhesión y los ancianos. De éstos procede la ratificación más cálida. Saben de olvidos por la enseñanza de los años, han sufrido abandono en propia carne o en la de parientes y amigos y se han convertido en un amplio regazo donde todos tienen un sitio. El anciano es seguro abrigo donde nos sentimos ratificados. Más importante, si cabe, que el favor del anciano al consuelo y a la ratificación, es el que ofrece al robustecimiento de la virtud de la fortaleza. No es preciso caer en los

excesos de Hobbes, para el que la conducta humana se explica por el miedo, para ver que vivir tiene riesgos. Contingencias, escollos, dificultades o apuros son lances de la existencia, más frecuentes y temibles en esta sociedad en que a menudo se avanza a codazos. La sensación de que el riesgo es creciente lleva a afrontar la existencia de forma pesimista. El remedio es la fortaleza -“vencer el temor y huir de la temeridad”- y entre los más capaces de infundirla en los pechos están los ancianos. Los viejos han pasado trances, son sabedores de vicisitudes, están curtidos. Ven con ojos calmos de mucho ver que irradian serenidad. Tienen entrenados sus corazones para persistir en los empeños frente a los peligros y enseñan a los nuestros a resistir el miedo. La mano de un anciano acariciando la frente al niño que duerme ahuyenta las pesadillas.

No hay razones antropológicas ni fundamentos éticos -salvo que se abrace la moral sin moral llamada utilitarismo- para postergar a los ancianos. Es pura inhumanidad condenarlos a abandono y a olvido. Los ancianos son imprescindibles para el crecimiento, el perfeccionamiento, la ratificación, la fortaleza, el consuelo, etc. Y ellos necesitan de los otros, asimismo, para crecer, perfeccionarse o ratificarse en su propio ser. “No se puede vivir si no es en relación”. Quien queda fuera del plexo de relaciones humanas es sentenciado a un cruel no vivir. La coexistencia que somos se frustra si se nos excluye del trato humano. Apartado del otro, sin vínculos cordiales con los demás, sin semejantes a quien acudir, al hombre le sobreviene la soledad. No está bien dispuesta nuestra sociedad para aliviar esa gran tragedia. Apenas logra disimularla bajo su variada oferta de diversión. El espejismo embauca a medias a la facción más leve de la juventud. No hace más que apartarla de la vista para que reaparezca con más fuerza durante la vejez, la edad que no admite engaños. A la crueldad de la sociedad se añade la ceguera de la ética que no ve que la persona es el ser de cada quien. El extravío priva de condición personal a cuantos no puedan gozar ni producir, entre ellos, a muchos ancianos.

## 5

Para remediar el desafuero nació hace un tiempo la bioética. *Fámula solícita de la existencia en apuros* es su nombre y apellidos. Toda forma de vida, del sicomoro a la ceiba, de la grulla al quetzal, le proporciona inquietud, pero es la del hombre, la del ser personal, poseedor inapelable de derechos humanos, su mayor preocupación. Todos los seres humanos son, sin excepción, personas, pues “persona” nombra el ser de cada quien. Ser alguien, no algo, un quién, no un qué, es la sola condición para poder aplicárselo. Quien la cumple, todo ser nacido de vientre de mujer, es persona. Cualquier otra prenda sobra. Ser inteligente y rico o pobre y falto de ingenio; ser nacido o no nacido, hombre o mujer, blanco o negro; tener conciencia o razón, aún no haberlas adquirido o haberlas perdido ya; discurrir como Pitágoras o decir extravagancias por el cáncer de los años o la demencia senil; estar en su sano juicio o ser un loco de atar. Ninguno de estos azares añade ni quita nada para ser persona humana. Todos los seres humanos lo son desde la cuna a la tumba.

A los seres personales, por su excelencia de ser, les corresponde un valor que no se tasa en dinero. Suena extraño en estos tiempos de total mercantilismo y compraventa febril que las personas humanas proclamen no tener precio. La paremia gongorina, “poderoso caballero es don dinero”, al menos por una vez, es del todo inadecuada. La moneda no es siempre la magnitud que mide la valía de las cosas. La belleza, por ejemplo, tiene un precio que no se compra con oro, sino con horas de silencio y soledad. Y los seres personales, muy por encima de los bienes que se adquieren con riquezas, ni siquiera tienen precio. Eso no es

nada extraño, pues, como advierte el poeta, “sólo el necio confunde valor y precio”. Las personas no cuestan, sino que valen.

Al valor sin precio inherente a las personas se le ha dado desde siempre el nombre “dignidad”: el valor no venal de los seres personales por su excelencia de ser. “Digno”, dice el diccionario de manera algo tímida, significa “que merece algo”. Eso es decir muy poco aplicado a las personas. Los seres humanos merecen respeto incondicional. La fórmula habitual para expresar esta idea es bien conocida: la dignidad humana es inviolable. La inviolabilidad de los seres dignos en cualquier situación, especialmente en situaciones de apuro o fragilidad, como la vejez, es el objetivo de la política, y el fin de las leyes es garantizar los derechos, cuya única fuente es la dignidad. Y es, asimismo, el fin de la Bioética, cuya justificación no es otra que estar en todo momento al lado de la persona para que no se la expolice de su dignidad intrínseca.